

EN LA SOLEMNE

Distribucion de Premios

A LOS ALUMNOS

DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES.

Estas vistosas galas,  
Este coro de notas melodiosas  
Que al aire agitan sus acordes álas  
Cual bandada de alegres mariposas;  
Este ambiente de dulce bienandanza  
Que aquí respira el pecho fervoroso;  
Esta bella esperanza  
Que se alza en horizonte esplendoroso,  
En todo corazon ardor despiden,  
Demandan un cantor, un canto piden!

LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Pobre cantor! que de mi ronca lira  
Sólo gemidos de dolor arranco,  
Hoy, restañando mi profunda herida,  
Canto la ciencia, sus grandezas canto.

Lira..... cantad! que ya la inteligencia  
En el cielo se cierne de la idea,  
Cantad los triunfos de esplendente ciencia,  
Mas no los triunfos de la ciencia atea.

Cantar.....! sí, cantaré. Magüer el llanto  
Mi corazon doliente martiriza,  
Yo ocultaré mi tético quebranto  
Con el ropaje de fingida risa.

Todo en redor perfumes y poesia,  
El éter vibra y sin cesar se agita  
Comprimido por notas musicales;  
Todo es animacion, luz, armonía,  
Y en cada pecho el corazon palpita.....

Sí, cantaré. Olvidaré los males,  
Que de mi lira la cadencia impiden,  
De la niñez los triunfos inmortales  
"Demandan un cantor, un canto piden."

Como águila caudal la inteligencia  
Se remonta atrevida en rauda vuelo,  
Y examina, y descubre con anhelo  
Tanta verdad oculta de la ciencia.

De la verdad el áspero camino  
Tiene escombros, espinas y tinieblas,  
Mas de la ciencia el resplandor divino  
Disipa con su luz las densas nieblas.

Y sigue la razon, y avanza, avanza,  
Con la luz de la ciencia caminando;  
Mas llega á un punto..... ¡oscuridad completa!  
La antorcha que la guiaba es impotente

Y á disipar la oscuridad no alcanza.  
Tinieblas nada más, aquella llama  
Cintila moribunda, entristecida,  
Y entonces la razon desfallecida

En su inquietud exclama:  
¡Cuán escasa es la luz de humana ciencia!  
Y dobla la cerviz la inteligencia

¡Adelante! ¡Aquí estoy! ¡Avanza! ¡Avanza!  
La fé le dice á la razon del hombre  
Y entonces la razon, oh! no os asombre.

Unida con la fé, vuela y se lanza  
 Más allá de su estéril hemisferio,  
 Hasta el trono de Dios, donde contempla  
 Los profundos arcanos del misterio.

El libre-pensamiento,  
 Que en este siglo sus victorias canta,  
 Y en dios convierte la razon mezquina,  
 El mismo, á su pesar, sobre su ruina,  
 Un altar más para la fé levanta.

El libre-pensador, que en su locura  
 Quiere escalar la inmensurable altura,  
 Cuando la fé su resplandor asoma,  
 Nuevo Icaro atrevido se desploma.

Niños que me escuchais, esta es la ciencia:  
 La que os habla de Dios, de sus amores,  
 La que, unida á la fé, con sus fulgores  
 Engrandece la humana inteligencia.

Os hablarán de ilustracion, progreso;  
 Mas no de religion que el alma mueve,  
 Y de entusiasmo en su febril exceso  
 Harán un dios del siglo diez y nueve.  
 Amantes —os dirán— del retroceso,  
 Esclavos del nefando oscurantismo.

No os engañeis, que sólo el Cristianismo  
 Tiene la fé, la ciencia y el progreso.

Y tú, santo Pastor, tú, noble anciano,  
 Que ostentas en tu frente venerable  
 La corona del mártir perseguido,  
 Y la aureola triunfal del que ha vencido;  
 Tú serás inmortal, porque has amado  
 La juventud que, henchida de alegría,  
 Himnos triunfales al saber levanta.  
 Oh! tiernos niños, mi cerebro arde  
 Por una idea tenaz que me extasía!  
 Como me embriaga y á la vez me encanta

El pensamiento: que sereis más tarde  
 Los defensores de la Iglesia santa,  
 Los grandes héroes de la patria mia!

El siglo marcha y el error avanza,  
 Ríndese á un Hugo un culto soberano  
 Que, el descreido en su furor insano,  
 Al mismo Dios de tributar desdeña;  
 Pero ¡adelante! dice la esperanza,  
 Que no muy tarde, juventud naciente,  
 Sobre las ruinas de impiedad nefanda  
 Del Cristianismo flameará la enseña.

¡Hora de bendicion, yo te presiento!  
 ¡Ya no del mónstruo del error vetusto  
 El rayo destructor resuene y vibre!  
 ¡Menguadá libertad de pensamiento . . . !  
 ¡Un paso atrás! ¡Dejad el campo libre!  
 ¡Triunfe de religion la hermosa idea!  
 ¡Abajo el trono de la ciencia atea!

JUAN S. CASTRO.

## DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL SR LIC.

D. AGUSTIN G. NAVARRO

ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Las principales fuentes de la civilización de los pueblos son, cuando están unidas en íntimo consorcio, la Cátedra sagrada y las Escuelas; éstas, ilustrando la inteligencia de los niños con las verdades primordiales, base del edificio de los conocimientos humanos, y aquella difundiendo los deberes luminosos de la Religión en la muchedumbre degenerada.

La ilustración del hombre puede muy bien decirse que comienza en la primera oración que aprende en la infancia, de los labios maternos, para elevar su espíritu al Creador en sus plegarias inocentes; y en la Escuela, tanto por ser su esfera más dilatada que la del hogar, como porque el niño tiene mayor perspicacia, á causa de su natural desarrollo, la trascendente ilustración que principia en la familia, se ensancha á medida que el conocimiento de los deberes es más perfecto, y su práctica más fácil y segura.

Así como las principales obligaciones de un padre, en cuanto á la vida racional de sus hijos, son hacer que éstos vuelvan la vista hácia su divino origen, Dios, reconociéndole como el sublime término de su final destino, y encargar de sus conocimientos ulteriores á un profesor cristiano, así tambien hay en éste la obligación imperiosísima de encaminarlos por la florida senda de la verdad y el bien, haciéndoles de su mismo corazón el ángel de guarda que los ayude á vencer la atracción satánica del error y el vicio. Sí; el profesor tiene que impartir una enseñanza recta á las tiernas inteligencias de quienes es custodio, como representante de los padres que le confían el tesoro inestimable de sus hijos. . . . . ¡Noble misión de los que enseñan, que eleva el profesorado á la categoría de santo sacerdocio! ¡Venturosa niñez teniendo por guía tan sublime apostolado que la ofrece los amantes brazos de la insignia del Calvario, como á la hija predilecta de Jesus. . . . .!

He dicho, señores, que la Cátedra sagrada y la Escuela, estando unidas en íntimo consorcio, son las principales fuentes de la civilización de los pueblos: por inconcusa que sea esta verdad para vuestra elevada inteligencia, me permitiré esplayar procurando vencer el temor que hiela mi ánimo.

Más no hablo de civilización como los apologistas de las *divinidades modernas*, quienes bastardeando el genuino y elevado sentido de esa palabra, la traducen del silbo de las locomotoras y del estruendo de los martillos del taller: de esa civilización por el espíritu del siglo pregonada, que altamente se gloria de fundir en el flámero lúgubre de la impiedad las suavísimas cadenas de la fé, para volar desencadenada engendrando con sus giros inciertos el torbellino de los desastres populares que señalan su terrible existencia con lágrimas y ruinas; que, fecunda en vicios, levanta cadalzos y enciende ho-

gueras para sacrificar víctimas tan inocentes como la virtud y el mérito, y que, si hubiera logrado entronizarse en el mundo, ha tiempo que la tierra sería una inmensa cripta y la humanidad un cadáver. . . . Nó, y mil veces nó: hablo de la civilización que modesta y humilde apareció en el mundo hace diez y nueve siglos, demarcada por la austeridad, herida por el cilicio, cuya cuna fué un pesebre y su autor un divino Mártir; que, reconociendo á Dios como principio y fin del hombre, y estrechando con el dulce vínculo de la caridad á la gran familia humana, despliega en concierto armónico los elementos que ésta encierra en su fecundo sér, subordinando el cuerpo al espíritu, lo material á lo moral; qué exhibe sus conquistas á la esplendente luz del Cristianismo y conduce á la humanidad en progresión creciente de conocimiento y amor sagrados, á la visión beatífica del Arquetipo de toda perfección: hablo, en fin, de la civilización bendita que principiando en las oraciones del niño y desarrollándose en la Escuela católica, moraliza las costumbres, salva las sociedades y se dilata y perfecciona más allá de la tumba.

Y bien: el hombre, miserable juguete de esos géneos incansables llamados pasiones que lo empujan á los abismos de una noche eterna; el hombre, sin más luz en su gigante cerebro que la macilenta y trémula de su mezuquina inteligencia; el hombre, informe crisálida que necesita del intenso calor del Cristianismo para romper la asquerosa cárcel de sus miserias, y, convertido en mariposa, volar despues por los espacios infinitos robando al sol su luz para el íris de sus brillantes alas, y regando en su camino el oro y el azul de sus matices. . . . ¿sería capaz por sí solo para dar á la civilización el carácter divino que la corresponde, el sublime ideal que la inmortaliza, el santuario espléndido que la sirve de asilo, ó siquiera una blanca perla de las bellísi-

mas que palpitan en su imperial diadema; él, pobre mendigo que sólo tiene lágrimas y polvo para amasar el pan de sus miserias; él, que sin la luz sobrenatural es el ciego de la creación y el cadáver de la vida? . . . . Imposible! Jamás podrá, aunque le ha aguen sueños de omnipotencia á la vista de las falsas maravillas que forja, salvar con sus mezquinas álas el abismo que separa lo finito de lo infinito, su brillante mendicidad vestida con vanos oropeles, de la felicidad perfecta hija de la civilización.

En verdad. La Escuela considerada en sí misma, es el pequeño y nebuloso recinto donde el hombre abandonado á sus propias fuerzas, lucha por descifrar enigmas que lo persiguen con su tentador misterio, é impiden que sus ávidas miradas penetren hasta el fondo inescrutable donde tiembla la luz de la verdad agitada por el beso del Eterno.

La Escuela es el defectuoso cúmulo de conocimientos que á costa de mil afanes y despues de incontables días ha podido el hombre atesorar.

La Cátedra sagrada es el conjunto de las doctrinas sobrenaturales con cuya luz Dios se dignó disipar las sombras del caos en que la humanidad gemía angustiada por el golpe de su criminal caída: es el hermoso íris que apareciendo en el firmamento del alma, serenó fácilmente la tempestad de la conciencia: es la columna de fuego que guía á la humanidad por el desierto del mundo hasta dejarla bajo el cielo esplendente de la tierra de promisión.

En la Escuela que nombrar pudiéramos independiente, por más que el hombre se llame libre, es un vil esclavo de sus errores, y su mayor dicha consiste en que cruce su semblante el látigo de las pasiones.

En la Cátedra sagrada el espíritu se mueve libremente por ilimitados horizontes, dominando los ciegos im-

pulsos de la materia con el vigor que le comunican las virtudes: las sublimes doctrinas que de ella emanan permiten al hombre que ejecute la obra del progreso encarnada en las maravillosas trasformaciones de la materia; pero le mandan que no se consagre únicamente á esas efímeras creaciones que solo dejan á los pósteros una huella de su mano vanidosa, sino principalmente á las obras imperecederas de la virtud y la ciencia perfectas que burlan las tristes condiciones de lo que pasa y se olvida, y son el timbre perdurable del espíritu inmortal.

Señores: formar, pues, de dos rayos un destello, unir en un mismo foco la luz natural de la Escuela con la divina de la Cátedra sagrada, es lo mismo que alumbrar la marcha tranquila de las sociedades con el astro sin menguante de la verdadera civilización.

Que los sabios mentores de la niñez, vivifiquen la bella inteligencia de su dócil educanda con los fecundos gérmenes de la sabiduría cristiana, enciendan el sacro fuego de las virtudes en su tierno corazón, y la niñez será mañana la Judit valerosa que movida por inspiración celeste aniquile al temerario que levante sus pendones contra el ejército de Dios.

La sociedad cristiana, con su Dios único, sus leyes eternas de caridad, amor y justicia, su unidad y armonía en el fondo de infinitos elementos, su Moral y Religión, su universal Iglesia y Pontificado augusto, es, en el espacio de los siglos, un árbol de espléndida silueta que roza los cielos; y entre cuyas frondas bienhechoras descansan los espíritus creyentes: árbol que trasplantedo de este mundo por los ángeles, despues de la resurrección de la carne, pasará glorioso la región de las estrellas, y lucirá en el paraíso la eterna lozanía de su primavera inmortal.

El Ilustrísimo Pastor de nuestra Arquidiócesis, cumpliendo la necesidad ingente de impartir á la niñez la

instrucción católica, único ariete que resiste los funestos y rudos ataques de la Escuela sin Dios, única arma bastante poderosa para vencer al liberalismo y su implacable séquito de bastardos hijos, ha criado hace mucho tiempo y sostenido con esplendor hasta el presente, numerosas Escuelas Parroquiales, á donde niños de ambos sexos acuden en elevada y cada vez más creciente cifra á prepararse con esa arma y ese ariete; porque *Atila está á las puertas*, y la lucha que deben sostener para conservar su Religión y su Patria, muy pronto iniciará para ellos su estruendo aterrador.

Muy bien comprende su Venerabilísima Señoría que los niños del presente son los obreros del porvenir; que la Escuela debe ser un vivo reflector de la luz divina que el Espíritu Santo perennemente difunde sobre la Cátedra Sagrada; que esa eterna luz es la única que ilumina los escarpados senderos de la humanidad en su peregrinación por el mundo, y su tránsito glorioso para el cielo; y á fin de alejar á los obreros del porvenir, de las escuelas oficiales, en donde si bien es cierto que se aprende la ciencia de los números, no lo es ménos que se *ignora oficialmente* cuál es la Unidad por excelencia, principio y fin de los séres y de las operaciones humanas; ha establecido las Escuelas Parroquiales, de cuyo seno constantemente surgen atletas esforzados que ayudarán en breve á que se realice en el tiempo y el espacio el plan providencial de la verdad y el bien.

Mirad á la niñez! . . . . . Asoma á su bello semblante una sonrisa misteriosa, y parece que se oye en el santuario de su espíritu algo como la plática del céfiro y las blancas azucenas. Acaso el ángel hechicero que la ha guiado por el camino de la Sabiduría, suspende para ella la marcha del tiempo para que guste la perfumada miel que en cáliz de diamante la ofrece, mientras noso-

tros entonamos el himno celestial de la esperanza, y la rendimos el noble tributo de nuestro entusiasmo parabien.

Ilustre viagera del mundo de la luz, niñez inmaculada que como águila te ciernes impulsada por la fé en las altas regiones de la idea, mirando de hito en hito el Sol de la verdad y el bien. La ciencia, es, por antonomasia, el tributo de Dios, y el florón más gallardo de las grandezas del hombre; para que el tuyo eternamente luzca espléndido, necesitas regarlo con el fresco rocío de las virtudes. Sé virtuosa, sé instruida para que tu alma angélica, al romperse el ánfora de tierra que la aprisiona, como á divino perfume, vuele al centro universal de toda vida, dejando en su peregrinación por el mundo la estela viva y pura de la inmortalidad.

DICE.

COMPOSICION LEIDA  
POR LA NIÑA  
CATALINA GOMEZ.

Como el dulce rumor que del bosque  
Brotó al primer albor de nuevo día,  
Que rasga de las nieblas el encaje,  
Se alza de este recinto el oléaje  
Armonioso de voces de alegría.

Son gratos y tiernísimos acentos,  
Como el correr de arroyos argentinos  
Que se abren entre guijas sus caminos,  
Como el murmurio de apasibles vientos  
O de las aves los brillantes trinos.

Bajo los artesones de este techo  
La dicha en los semblantes se derrama;  
Porque encontrando el corazón estrecho  
Corre á escaparse, abandonando el pecho,  
Y sale al rostro convertida en llama.

Una alegría inmensa aquí rebosa,  
Vése en todos los labios la sonrisa,  
Y en la atmósfera clara y vaporosa  
Hay ráfagas de lirios, nardo y rosa,  
Que ya esparciendo embalsamada brisa.